

EL IRIS.

CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.

REDACTORES.

J. A. SEGRESTAA. — SIMON CALCAÑO.

LOS DOS MENDIGOS.

Ayer encontré una pobre anciana cubierta de harapos, al traves de los cuales se veian sus flacas y ulceradas carnes.

Era negra: encorvábase hasta el suelo como en busca de una tumba en que descansar. La miseria habla estampado sobre todo su ser algo de horrible y de siniestro. Era el cadáver aun de pié, animado por una chispa de luz y vida. Marchaba lenta, lentísimamente, mejor sería decir, se arrastraba. Todo parecía muerto en esa organización minada por la enfermedad y desmoronándose ya al peso, poco mas ó menos, de un siglo. Hasta su voz tenía miedo de sí misma y sonaba como la campanada lúgubre de los muertos.

Algo mas adelante había un mendigo que ofrecía un espectáculo menos tierno, menos asqueroso, pero mas deformé y mas dramático. Reia, juraba, maldecía, blasfemaba, salían de sus delgados y lívidos labios palabras infames. Era alto, esqueletado. Aunque viejo, ni un cabello blanco brillaba sobre su cráneo en que aquí y allá se advertían las protuberancias del crimen, pero del crimen que no se justifica por los resultados, sino del que por torpe nada alcanza. Lágrimas (todavía las había en sus ojos) corrían por sus mejillas hundidas por el dolor, pero eran de indignación y de rabia. Estaba vestido con un traje singular, una especie de mortajo de dril negro, hecho trizas. Descalzos sus pies habían perdido su forma primitiva. Minchados horriblemente eran mas bien que pies una inmensa úlcera.

La anciana se lo acercó. Los desdichados se buscan siempre. El lazo que los une es su misma situación. Además los ricos no ejercen nunca la caridad, y cuando el po-

bre va al pobre, está seguro de que parte con él el pan amasado con su amargura.

—Señor, le dijo, una limosna por el amor de Dios.

—Señora, respondió, Dios no existe, no lo imploreis, la sociedad es infame; pero vos sois mi hermana, tomad: aquí tenéis un pedazo de pan que he recojido, porque yo no pido jamás, recojo.

—Gracias, señor, dijo la vieja, bendito sea Dios.

—¡Bendecís! oh señora! bendecís! Estais loca, sois una insensata! Idos de aquí. Habeis perdido la razon.

—Ah! sí, señor; pero aun conservo la fe que salva al desgraciado.

—Es verdad, buena anciana, guardadla, sois más feliz que yo, que no tengo sino una vida de faltas y la ferocidad de mi orgullo.

¡Qué diálogo!

Se separaron. Seguimos largo tiempo con la vista y con el corazón. Estaba profundamente enfermado y lloraba. La noche se acercaba y pensó naturalmente en el lecho de esos seres.... no lo tenían. El uno dormía al cielo raso, en los aleros de las casas, la otra a las puertas de una iglesia. A esta sonreíale la religión, y al traves de los velos de su miseria alcanzaba a Dios y era feliz y pacífico su sueño. A aquél el escepticismo le mostraba la nada y era desgraciado, y el insomnio abría sus ojos y las piedras de su lecho le abrasaban, y su oración era una blasfemia.

Es necesario creer me dije: cuando todo se ha perdido, la fe es el único escudo contra el infierno. Cuando los hombres nos abandonan, Dios está ahí para llenar todo ese vacío de nuestras aspiraciones. Testigos los dos mendigos!!

J. M. S.



A MARIA.

¡Oh tú! divina y celestial María.
Mi única esperanza verdadera.
A quien invoca triste el alma mia
Calma pidiendo en oración sincera.

Tú, mi consuelo dulce y divinal
Y bálsamo eficaz de mi afliccion.
Dirige una mirada angelical.
Devuélveme la paz del corazon.

Aparta de mi mente los delirios
Y llena mi existencia de ventura :
Despoja al corazon de sus martirios,
Endulzale su pena y su amargura.

De la resignacion el don precioso
Dame, María, en mi angustiada vida ;
Y el néctar de consuelo delicioso
Vierte piadosa en mi alma dolorida.

No recuerdes, Señora que olvidé
Un momento elevarte mis canciones :
Que entusiasta mis himnos entoné
Cantando al corazon mis afecciones.

¡ Perdon ! Señora, si ocupé mi alma
En las creencias de este mundo impio.
¡ Perdon ! Señora, si turbé mi calma,
Atiende solo á mi dolor sombrio

¡ Perdon ! María, si olvidé un instante
A tí humillarme en mi oracion ferviente,
Si por el mundo vano e inconstante
Olvidé mi plegaria reverente.

Si los cantares que elevaba á tí
En mis locos delirios olvidé,
Y al mundo ingrato en mi locura di
Las canciones sencillas de mi fe,

Olvida esas locuras juvionales,
Esos pobres delirios de mi mente
Errores son de mis diez y ocho años,
Sé benigna con ellos e induljente.

¡ Perdona esos delirios, madre mia,
Errores de mi loca juventud :
No me abandones tú, dulce María,
Y proteje y ampara mi virtud !

Si tú me abandonas, ¡ qué seria
En este mundo incierto mi existencia !
Sin tu coeleste amparo, ¡ qué haria
Para aliviar la pena y la dolencia ?

Es verdad que entusiasta no debí
Dianizar mis tiernos sentimientos,
Ni cantarlos con tanto freués,
Ni expresar mis sencillos pensamientos.

Deliraba mi ardiente fantasia,
Del idealismo bello en la region
Feliz, tal vez gozaba de alegría
Presa solo de dulce sensacion.

Yo pensaba que todo era ventura,
Que era la vida delicioso Eden ;
Nada encerraba para mí amargura,
Ni en la mezcla creí del mal y el bien.

Ignoraba que siempre va mezclado
El dolor con la dicha y el placer,
Y que al que vivo triste y desdichado,
Solo, solo lo vemos padecer !

Cual un jardín al mundo contemplaba
Que flores sin cesar me brindaría,
Y aspirando dichosa su ambrosía
Feliz así mi vida resbalaba.

Y si alguna ilusión acaricié
En mis cándidos sueños de alegría,
Siempre de hinojos con ferviente fe
Auto si me postré, dulce María.

ISABEL PERPIGNAN.

BARALT.

Damos á continuación la Oda magnífica de nuestro ilustre compatriota Rafael M. Baralt á Cristóbal Colón, obra de rara perfección. Nosotros no podemos leerla sin que humedezcan nuestros ojos las lágrimas del entusiasmo - entusiasmo por Colón, digno y sublime objeto del bellísimo canto, y entusiasmo por el inspirado y talentoso poeta venezolano.

En el certamen del Liceo de Madrid para que fue escrita esa Oda, entraron en competencia los más esclarecidos ingenios españoles, y el ilustre maracaibo llevó glorioso la palma de la victoria.

No nos empeñaremos en hacer el análisis de la composición á que nos referimos. Nuestros lectores verán en el próximo número del "Iris" el juicio crítico que un juez, más competente á imparcial que nosotros, publicó en un periódico de Madrid. Nos limitamos á decir que en la obra del señor Baralt hallamos la verdadera, la divina poesía. Allí los sublimes pensamientos desenvueltos con gracia, elegancia y delicadeza en un lenguaje en que brilla una admirable maestría. Es una de esas obras del ingenio que como la "Silva americana" del eminentísimo Bello, bastan por sí solas para conquistar una reputación en el mundo literario.

ODA

A CRISTOBAL COLON.

Venient annis aecula seria.
 Quibus orcasibus vincula rerum
 Laxat, et ingens pateat tellus,
 Tethysque novos detegat orbes,
 Nec sit terris ultima Thule.

(SENECA.—Medea.)

" Tu frágil caravela
 " Sobre las aguas con tremante quilla,
 " desplegada la vela
 " ¡ dó se lanza llevando de CASTILLA
 " la venerada enseña sin mancilla ?
 " Y abriéndose camino
 " del no surcado mar por la onda brava
 " por qué ciega y sin tino.
 " del pérvido elemento vil esclava,
 " la prora inclina donde el sol acaba ?
 " ¡ No ves como á la nave
 " desconocidos vientos mueven guerra ?
 " Cómo, medrosa el ave,
 " con triste augurio que su vuelo encierra,
 " al nido torna de la dulce tierra ?
 " La aguja salvadora
 " que el rumbo enseña y que á la costa guia
 " ¡ no ves como á deshora
 " del norte amigo y firme se desvia,
 " y á Dios y á la ventura el leño fia ?
 " Y el piélagos elevado
 " ¡ no ves al ECUADOR, y cual parece
 " oponerse irritando
 " á la árdua empresa ; y cual su furia crece :
 " y el sol como entre nublos se oscurece ?
 " ¡ Ai ! que ya el aire inflama
 " de aligeras centellas lluvia ardiente :
 " ¡ ai ! que el abismo brama ;
 " y el trueno zumba ; y el bajel tremente
 " cruce, y restalla, y sucumbir se siente.
 " Acude, que ya toca
 " sin lonas y sin jarcia el frágil leño
 " en la cercana roca :
 " mira el encono y el adusto ceño
 " de la chusma siu fe contra tu empeño.
 " Y cual su vozería
 " al cielo suena ; y como un miedo y saña
 " creciendo, y agonía,
 " con tumulto y terror la tierra estraña
 " pide que dejes por volver á ESPAÑA.

“¡ Ai triste ; que arrastrado
“de pérvida esperanza, al indo suelo,
“remoto y olvidado,
“quieres llevar flamígero tu vuelo !
“¡ no ves contrario el mar, el hombre, el ciclo ?
“ La perla reluciente
“y el oro del JAPON buscas en vano :
“en vano á MANGI ardiente ;
“ni de las hondas aguas de oceano
“jamás verás patente el grande arcano.
“ Vuelve presto la prora
“ al de HESPERIA feliz, seguro puerto,
“ donde del nauta llora,
“juzgándole quizá cadáver yerto,
“la inconsolable madre el hado incierto.”

Engañosa sirena
vanamente el error cante en su lira :
¡ COLOM ! clava la entena :
corre, vuela : no atras, avante mira :
al remo no des paz : no temas ira.

Y aunque fiero, atronado,
ruja el mar, clame el hombre y brame el viento
en furia desatado,
resista el corazon, y al rudo acento
de tus pinos aviva el movimiento.

Por la fé conducido,
puesta la tierra en estupor profundo,
de frágil tabla asido,
tras largo afan y esfuerzo sin segundo,
así das gloria á Dios, y á ESPAÑA un mundo.

¡ Oh noble, oh ciaro dia
de suculita hazana y la mayor victoria
de la humana osadía :
en fama escelso, sin igual en gloria,
eterno de la gente en la memoria !

El la tostada arena
te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
de asombro el alma llena ;
y en vos de amor y de alabanza en canto
entonar de DAVID el himno santo.

De CRISTO el alto nombre
aclamar triunfador entre la gente ;
y un culto dar al hombre
desde el gélido mar y rojo oriente
al confín apartado de occidente.

Y la sacra bandera
que nuevo DIOS y nuevo rei pregona,
al viento dar ligera
del astro de los INCAS en la zona :
astro luego de IBERIA y su corona.

La velcidosa plebe
humillada á tus piés, en plauso ahora
al cielo el grito mueve ;
y el que del sol en las regiones mora
ángel te llama, y como DIOS te adora.

¡ Quó humana fantasia
dirá tu pasmo ; y cuanto el pecho encierra
de orgullo y de alegría !
trocada en dulce paz, ve aquí la guerra :
cual divina vision, allí la tierra.

No el que busca ansioso,
mundo perdido en tárteras regiones ;
mundo nuevo, coloso
de los mundos, sin par en perfecciones ;
de innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino
entre cien mares que á su pie quebranta
el ANDES peregrino,
cuando hasta el cielo con soberbia planta
entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
rei de los otros ríos se arrebata
MARANON caudaloso
con crespas ondas de luciente plata,
y en el seno de ATLANTE se dilata.

De la ultiva palmera
en la gallarda copa dulce espira
perenne primavera ;
y el CONDOR gigantesco fijo mira
al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes :
émulo al ancho mar lago sonoro :
tormentas, huracanes :
son árboles y piedras un tesoro :
los montes plata, y las arenas oro.

¡ Qué tardas ! Lleva á EUROPA
de tamaño portento alta presa.
Hicra céfiro en popa,
ó rudo vendaval, que pronto sea,
y absorto el orbe tu victoria sea.

El piélago sonante
abrirá sus abismos : sorda al ruego
la nube fulminante
su terrifica voz lanzará luego,
y tinieblas, y horror, y lluvia, y fuego.

Y del mar el brumido
unirá contra tí la envidia artera
su ronco horrible aullido.
¡ Piloto sin ventura ! ¡ á qué ribera
llegará tu bajeal en su carrera ?

¡Qué será de tu gloria ?
Tu nombre, entre las gentes difamado,
¡morirá sin memoria ?

O tal vez de las ondas libertado
por tu empresa un rival será premiado ?

Todo será : el delirio
de férvido anhelar que vence, y llora :
gozo, gloria, martirio :
cadena vil, y palma triunfadora :
cuanto el hombre aborrece, y cuanto adora.

Mas ¡qué á tu fé del viento,
del rayo, y la traicion crudos azares ?
Levanta el pensamiento :
¡elegido de DIOS ! hiende los mares.
Y con nombre inmortal pisa tus lares.

No ARGOS mas gloriosa
llevó á TESALIA el aureo vellocino
de COLCOS la famosa ;
ni, de PALAS guizado, en el EUXINO
con esfuerzo mayor se abrió oamino:

De gente alborozada
hiervo ondeando el puerto, el monte, el llano :
cual en tierra labrada
mece la blonda espiga en el verano
con rudo soplo cálido solano.

Y de ella sale un grito
de asombro y de placer que al mar trasciendo
con impetu inaudito :
¡COLON ! esclama y los espacios hieden ;
al polo alcanza ; hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima
¡oh rei de LUSITANIA ! los portentos,
y la mics aurea opima,
llorando el corazon duros tormentos,
airado ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tua iguales,
el ánglio poderoso, el galo fuerte,
á las plantas rícales
¡un mundo no ofreció, y escolsa suerte
del tiempo vencedora y de la muerte ?

Si de ENRIQUE tuviérs
el ánimo preclaro, agena hazaña
en mal hora no vieras ;
ni el mar inmenso que la tierra basta
hacer de entrambos mundos una ESPAÑA.

Ni á IBERIA agradecida,
del aurífero TAUJO hasta BARCINO
ofrenda merecida
de inciencio y flores, cual á ser divino,
rendirle fiel en el triunfal camino.

Su esfuerzo sobre humano
tus joyas, ISABEL, trocó en imperios :
por él ya el orbe ufano
saluda tu estandarte, y son hesperios
del uno al otro mar los hemisferios,

¡ FERNANDO ! ¡ qué corona
al huésped de la RABIDA guardada
sus hechos galardona ?
¡ Bastará tu corona, que empeñada
con todo su poder se vió en GRANADA ?

Dilo tú que en el templo
vagas inulta en medio á los despojos
¡ oh sombra de alto ejemplo !
en cuya mano y sien miran los ojos
grillos por cetro, y por corona abrojos.

Mas no á la gran CASTILLA
el rostro vuelvas, ni á ISABEL, cefudo :
no es suya la mancilla ;
que á si fué abrigo cuando mas desnudo ;
al indio madre ; al africano escudo.

Y unirás su alta gloria
á tu gloria la tierra agradeada
con perpetua memoria,
cuando en el indio suelo, al fin rendida,
vigor nuevo recobre y nueva vida.

Quo DIOS un vasto mundo,
cual de todos compuesto, no formara
sin designio profundo ;
ni allí de sus tesoros muestra rara
en cielo, y tierra, y aguas derramara.

Tu alada fantasia
al contemplarlo, en el EDEN primero
volando se creía ;
y EDEN será en el tiempo venidero,
de la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
hombres y leyes, sociedad y culto,
cuando otra vez al filo
pasen de la barbarie, en el tumulto
de un pueblo vengador con fiero insulto.

¡ Ai de ellas, las comarcas
viejas en el delito y la mentira :
de pueblos, de monarcas,
cuando el SEÑOR, que torvo ya los mira,
descoja el rayo y se desate en ira !

Por las tendidas marcas
entóneos vagarán, puerto y abrigo,
paz clamando, y altares ;
y despues de las culpas y el castigo
nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡ COLON ! el mundo hermoso
que de su seno á las hinchadas olas
arrancaste animoso,
coronando de eternas auróolas
las invencibles armas españolas.

Así de polo á polo
resuena el canto : estiende tu renombre
por los cielos APOLO ;
y, emblema de virtud y gloria al hombre,
de una edad á otra edad lleva tu nombre.

A DOLORES.

EN UN BAILE.

¡ Por qué mi ardiente corazon se lanza
A embriagarse del baile en los placeres
Me preguntas, Dolores ? En la danza
Hallo música y flores y mujeres.

¡ Cuánto de lux, de aroma y de frescura !
Todo es gracia y sonrisas donde quiera ;
A fé que al no admirar tanta hermosura
Que era de bronce el corazon, creyera.

¡ Aquella no es Ines ? De ojos brillantes
Que ríen de las almas abrasadas,
Me trae á la memoria las bacantes
De pámpanos y yedras coronadas.

¡ Qué si amo á Soledad ? oh, qué hechicera !
¡ Quién quede, si la vió, quedar en calma ?
Si yo tuviera un trono, se lo diera
Por mirarla reñir como en mi alma.

Y le huyo ¡ lo ves ? le huyo á Mercedes
Porque son tan hermosos sus cabellos
Que me parecen del amor las redes,
Y tengo miedo de enredarme en ellos,

Aquella otra es Célia. . . . y toda ella
Es un mundo de amor y de embelesos :
Linda boca de perlas, la mas bella
Que convida al deleite de los besos.

¡ Qué no te hable de besos ? ¡ y es en serio ?
Bah ! qué pudor el tuyo, qué inocencia !
Pues el beso es la llave del misterio
Que abre al alma otro mundo, otra existencia.

Pero mira, es María, cuánta gracia!
Cuando la miro mas me es mas querida,
¿Qué? ¿dicos que el amor es la desgracia?
¿Y es otra cosa sin amor la vida?

Pero callo no digas que hago alarde;
Siquieres que te explique mis amores,
Pregúntale á la brisa de la tarde
Porque alhaga al pasar todas las flores.

JULIO CALCANO.

EL ENANO ROJO

POR A. DUMAS.

I.

En la noche del primero al dos de Julio, Bonaparte tomó tierra en Egipto á la una de la mañana, después de haber conquistado á Malta y pasado por medio de la escuadra inglesa. Al dia siguiente la ciudad de Alejandría estaba en su poder, y el nuevo César almorzaba al pie de la columna de Pompeyo.

El jeneral en jefe entró á la ciudad por una calle estrecha, acompañado únicamente de un número de personas, y dos ó tres guías: por aquella callejuela podían apenas marchar dos personas de frente; Bourrienne iba á su lado, cuando sonó un tiro, y el guía que marchaba delante de Bonaparte cayó muerto. Ese tiro había sido disparado por una mujer, y poco faltó para que Bonaparte no concluyese su vida como Ciro.

El jeneral permaneció seis días en Alejandría, los suficientes para organizar la ciudad y la provincia, y el séptimo salió para el Cairo, en cuya expedición le había precedido Desaix, dejando á Kleber herido, para mandar la conquistada ciudad.

El 8, Bonaparte llegó á Damanhour, y estableció su cuartel general en casa del Cheik: apenas instalado en esta nueva casa, que era grande, aislada, y delante de cuya puerta se elevaba un perfumado sicomoro, Bonaparte ordenó á Zaionezek, que mandaba á las órdenes de mi padre una brigada de caballería, tomar un centenar de cazadores, y hacer un reconocimiento par el camino de Khamanich.

Aunque Zalonezek sea demasiado conocido en la historia, diremos algunas palabras acerca de este jeneral, cuya fortuna fué una de las mas brillantes de la época.

Zalonezek nació el 1º de Noviembre de 1752; de suerte que en la época en que nos hallamos, es decir, en el año IV de la república francesa, era un hombre de cuarenta y cinco años, poco mas ó menos. Sus primeros años se habian pasado en medio de las guerras de la Independencia polaca, en las que combatió bajo las órdenes de Kosciusko: despues de la confederacion de Fargowitso, bajo la cual tuvo el rey Stanilao la debilidad de poner su firma, despidióse Zalonezek del ejército polaco, y se retiró al extranjero con Kosciusko y José Poniatowski; pero á principios del año 1794, habiendo estallado una insurrección en Polonia, aparecieron los proscriptos mas grandes aun con su proscripción. Entonces comenzó esa nueva lucha de la Polonia, tan gloriosa, tan sangrienta, y tan fatal á la nacionalidad polaca, como lo había sido la de 1791, y debia serlo la de 1830. El 4 de Noviembre Varsovia fué tomada por Souwarow; los Jenerales Yasiusik, Korsack, Pablo Grabouski y Kevasnieuki quedaron muertos en el campo de batalla, y Zalonezek, moribundo, fué llevado preso á la fortaleza de Josephstadt, en donde permaneció dos años hasta la muerte de la emperatriz Catalina.

Zalonezek, prescripto de Polonia, vino á Francia, y entró al servicio de los ejércitos republicanos. Enviado á Italia con el grado de jeneral de brigada, hizo en 1797, con Joubert y mi padre, la campaña del Tirol.

Decidida la campaña de Egipto, y nombrado mi padre jeneral en jefe de la caballería, escogió á Zalonezek por uno de sus jenerales de brigada.

Esta había sido hasta entonces la vida del patriota polaco, vida gloriosa, pero perseguida: ademas como ciertos jenerales cuya mala fortuna se había hecho proverbial, no podía aparecer en el fuego sin ser herido, pudiendo contar sus batallas por sus cicatrices.

Zalonezek se puso á la cabeza de sus cien cazadores y avanzó por el camino de Khamanich: apenas hubo andado una legua, cuando se encontró con un grueso de quinientos mamelucos, los cargó y los mamelucos se dispersaron.

Zalonezek los persiguió un instante; pero lo mismo hubiera sido perseguir un torbellino de arena, querer co-

ger una nube ; los árabes desaparecieron en el desierto, su eterno y constante aliado.

Zaionezek anduvo otra legua, sin apercibir un solo caballo, y volvió á Damanhour.

Al llegar delante de la casa del Cheik en donde vivia el jeneral en jefe, quiso entrar : pero el ayudante de campo Croisier y el jeneral Desaix se lo impidieron.

Bonaparte estaba con el Enano Rojo.

Zaionezek preguntó quien era ese enano ; pero Croisier y Desaix no sabian nada, pues Bonaparte habia dicho solamente :

—Espero al Enano Rojo, y lo dejareis entrar.

Media hora despues un turco de menos de cinco piés, con la barba y cejas rojas, y vestido con una túnica ponzó, se presentó á la puerta : en el mismo momento, segun la orden que se les habia dado, fué introducido en la habitacion de Bonaparte, en la que estaba todavia.

Muchos oficiales jenerales se unieron al grupo que formaban Croisier, Desaix y Zaionezek, porque la extraña aparicion de este ser desconocido y algun tanto fantástico, preocupaba todos los ánimos.

En aquel momento salió Bourrienne, que como entonces era el secretario íntimo de Bonaparte, agobiáronlo de preguntas acerca del Enano Rojo ; pero Bourrienne, que estaba encargado de despachar un correo á Kleber, se contentó con responder :

—Parece que es un adivino turco que viene á decir la buena ventura al jeneral en jefe.

Y continuó su canino.

Quien se comprenderá, semejante respuesta no era á propósito para calmar la curiosidad de los asistentes : la creencia de Bonaparte en el fatalismo era conocida ; comenzaban á contar profesias que le habian hecho en su infancia, y que le prometian elevada fortuna : tambien con sus mas intimos amigos habia ya hablado de su estrella que él solo veia, pero que todos empezaban á adivinar.

Así, los jóvenes oficiales de veinte á veinticinco años lo mas, y que habian ya alcanzado el grado de coronel, ó jeneral de brigada, bajo su jeneral en jefe de veintiocho años, que soñaba interiormente en una elevada posicion, resolvieron no dejar pasar al Enano Rojo sin preguntarle, curiosos por saber si acompañarian en su luminosa revolucion al astro de que eran satélites.

Y como ademas se les previniera que el Enano Ro-

jo era zahori, formaron un gran círculo á la puerta, á fin de que no pudiera escapárseles; cosa que, segun las disposiciones tomadas por los mejores estratégicos de la época, no podia suceder sino en caso de que volara por el vacio, ó se sepultara en la tierra.

El Enano Rojo salió; era segun hablan dicho, y su barba y vestido atestiguaban perfectamente su dictado: no se sorprendió al ver las disposiciones tomadas para bloquearlo, ni tampoco trató de evadirse, pues deteniéndose en el dintel de la puerta:

—Cuidadanos, les dijo, adoptando la locución todavía en uso, me esperáis para que os cuente vuestro porvenir y el de la Francia: el porvenir de la Francia acabó de descubrirlo al jeneral en jefe; el vuestro lo diré á tres que salgan al frente.

Croisier, Desaix y Zalonezek se lanzaron á un tiempo: los demás espectadores permanecieron en sus sitios.

—Hai un precepto de nuestra religión, comenzó el Enano, que dice que los primeros serán los últimos; permítidme trastornar este precepto y decir que los últimos serán los primeros.

Adelantóse hacia Croisier que solo era edecan; Croisier le tendió la mano, que examinó el Enano, sacudiendo la cabeza:

—Te llaman el valiente de los valientes; pero habrá un dia, una hora, un momento en que te abandonará el valor y pagará este momento con la vida.

Croisier retrocedió con la sonrisa del desden en los labios.

El Enano Rojo dió un paso hacia Desaix, que le tendió su mano sin esperar á que se la pidiera.

—Salud, dijo el zahori, al vencedor de Kehl, que antes de quince dias habrá unido su nombre á otra victoria. Tres jornadas le harán inmortal: pero desconfía del mes de Junio y teme al cura de Marengo.

—Eres oscuro, amigo hechicero, dijo riendo Desaix; y cuánto tiempo fijas á tus predicciones?

—Dos años, respondió el profeta.

—Bueno! no es mucho y podenios esperar.

El Enano Rojo se adelantó hacia Zalonezek, que le tendió la mano como sus compañeros.

—En fin, esta es una mano como me gusta ver, uno de esos horóscopos que descifro con gusto; un porvenir glorioso que me es grato unir á un glorioso pasado.

—Diablo ! dijo Zaionezek, este es un principio que promete.

—Y' mul cierto.

—Sí, si una bala no se lo lleva.

—En efecto, dijo el profeta, eres desgraciado para el fuego, y si no me equivoco, has recibido siete heridas.

—Sí, á fe mia ! dijo Zaionezek.

—Tienes razon !.... pero esto seria desgraciado : treinta años de vida, veinte campos de batalla por atravesar, un virreinato que desempeñar ; sí, todo esto puede, como tú dices, ser destruido por una bala de cañon estraviada. Tienes razon, veo el peligro, existe, amenaza. Pero.... pero escucha : tu destino es uno de esos destinos que importa, no solo á una familia, sino á un pueblo. Tienes confianza, Zaionezek ?

—En qué ! dijo el general.

—En lo que te digo.

El polaco sonrió.

—En cuanto á lo pasado me has dicho esactamente la verdad : mi pasado pertenece á la Europa, pero es difícil conocerlo. Sin embargo, si es necesario creer, creeré.

—Crée, Zaionezek, dijo el profeta : él tambien cree. Y estendió la mano hacia la casa que habitaba Bonaparte.

—Qué necesito, creer ?

—Mis palabras. Como te he dicho, hai un dia, una hora, un momento que amenaza tu gloriosa existencia : pasado este momento, no tienes nada que temer, pero yo no puedo decirte cuando llegará.

—Entónces, como conocerás, tu consejo no es de los mas seguros.

—Sí tal, porque puedo preservarte de este peligro.

—Y cómo ?

—Vas á verlo.

El Enano Rojo hizo señal á un tambor que acercase su caja y la dejase en tierra. Despues arrodillóse ante el sonoro instrumento, sacó de su cintura un tintero, una pluma y un pedazo de pergamo y escribió, en lengua desconocida, algunas palabras con tinta roja.

—Toma, dijo el profeta levantándose y tendiendo á Zaionezek el precioso pergamo ; he aquí el talisman que te he prometido, llévalo siempre contigo, no lo dejes en ninguna circunstancia, y no tendrás nada que temor de las balas enemigas.

Todos los asistentes se rieron y Zaionezek hizo como los demás.

los segundos. Aunque sea comparacion mui gastada, diremos, que sus escritos sou como aquellos manjares sanos y nutritivos que en pequeño volumen contienen mucho alimento, cualidad preciosa por lo rara en una época como la presente, en que es tan comun escribir para no decir nada, y en que se publican tantos tomos de que no seria posible sacar ni un átomo de sustancia por mucho que se esprimieran. El *verba et voces et præterea nihil* no ha podido nunca ser un sarcasmo tan de circunstancias como hoy, sin duda porque nunca se ha estudiado menos ni se ha presumido mas que hoy. La presuncion arrastra á decir y la ignorancia condena á no decir nada de provecho. Pero dejemos este tema, inagotable cuncho triste; así como así es por ahora inútil hablar de esto. Todos estamos convencidos de que existe el mal que deploramos, y pero quién no se cree una escopion á la regla general?

Algunas hai, y el señor Baralt es sin disputa una de ellas; entre muchas pruebas ahí está su excelente Oda á Cristóbal Colon, tan rica de pensamientos nuevos ó espresados con novedad, que viene á ser lo mismo (¡hai por ventura algo nuevo en el mundo?) tan lozana en sus formas, tan bella en su expresion. Cada estrofa es por sí sola un cuadro: no hai en ellas un verso, no hai una palabra que esté de mas, que no diga algo á la razon ó á la fantasia. Nada de pompa inútil ni de palabrería impertinente. Allí el que no sabe aprende, y el que sabe recuerda con placer. Así comprendemos nosotros la verdadera poesia; queremos que enseñe y deleite al mismo tiempo; que sea un pasto sustancioso para el alma, no un mero recreo para el oido: que dé en qué pensar, no que adormezca la razon y la enerva en un ocioso encanto, como los monótonos ruidos del viento y de las cascadas. Huimos como del fuego, segun la feliz expresion de Barbier,

De tous ces baladins qui dansent sur la phasse!

Nos gusta en suma *no perder el tiempo*. ¡Y qué otra cosa que perderlo miserablemente es leer vaciedades! ¡Y qué otra cosa sou sino vaciedades las series de palabras, ya en verso, ya en prosa, que nadn dicen en sustancia porque no despiertan ninguna idea! ¡Y cómo ha de despertar ideas en los demás el que no las tiene propias, y si alguna tiene es falsa, ó es trivial, ó va desalida y como ahogada en un piélagos de palabras? *Siudium cum divite rena* pediu el gran maestro Horacio á los poetas, y cierto que no puede pedirse menos.

Dicen algunos que nuestro hermoso idioma es cómplice en eso vicio de la difusion comun en nuestros escritores, porque no, tiene la energica concisión de las lenguas sabias ni está trabajado como algunas lenguas vivas. ¡Pobre disculpa! No está ahí el mal, sino en la penuria de las ideas. Nadie puede dar lo que no tiene. En buen castellano escribían Mariana su prosa y Rioja sus versos, y á fe que ni aquel era difuso ni este redundante; bien sabia el primero pintar un carácter

con el vigoroso pincel de Tácito; bien sabia el segudo encerrar una máxima moral, como Horacio, en un solo verso, y magnífico: 6 voces en un hemistiquio

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira á las espadas,
y la ambicion se rie de la muerte.

¿ Diria Horacio, diria Juvenal, diria el mismo Persio, mas conciso todavia, tantas cosas en menos palabras? Es licito dudarlo.

Mas no es preciso ir á buscar ejemplos tan lejos: la Oda del señor Baralt es una prueba irrecusable de que en nuestra métrica castellana caben holgada y elegantemente muchas ideas en pocas palabras. Ya hemos dicho que cada estrofa de esta hermosa composicion es un cuadro completo, no hai en esto hipérbole, es la verdad pura. Bastaria para probarlo citarlas todas. De esos cuadros algunos son verdaderos modelos de lo que pudieramos llamar *dificultad rencida*. Para pintar las variaciones de la aguja de marcar, observadas por primera vez durante el viajo de Colon, dice el poeta en la estrofa cuarta:

La aguja Salvadora
que el rumbo enseña y que á la costa guia
i no ves como á deshora
del norte amigo y firme se desvia
y á Dios y á la ventura el leño fia ?

Obsérvese la oportuna colocacion de los epítetos *aguja salvadora*, *norte amigo* y *firme*. Perdido el rumbo la nave parece fiada á la *ventura*, pero el poeta cristiano sabe que ántos que á la *ventura* va fiada á *Dios*.

Y el piélaggo elevado
i no ves al Ecuador, y cual parece
oponerse irritado
á la árdua empresa; y cual su furia crece ;
y el sol como entre nublos se oscurece ?

Es difícil llevar mas allá el arte dificilísimo de decir poéticamente las verdades científicas. Bajo este concepto sobre todo la composicion del señor Baralt es una obra maestra que deben estudiar detenidamente los que quieran hacer versos tales que puedan leerlos con gusto las personas que en ellos buscan algo mas que el retintín de las palabras. Si queremos ahora citar muestras de floridas descripciones, adornadas con todas las galas de la mas rica poesia y al mismo tiempo verdaderas, lo cual nunca dasia á la poesia (todo consiste en saber ver la verdad poéticamente, y esto es ser poeta), véanmos las estrofas en que bosqueja el señor Baralt con grandes rasgos el nuevo continente americano.

Allí raudo, espumoso,
rei de los otros ríos se arrebata
Maratón caudaloso
con crespas ondas de luciente plata,
y cu el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
en la gallarda copa dulce espira
perenues primavera ;
y el Condor gigantesco fijo mira
al almo sol, y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes :
émulo al ancho mar lago sonoro :
tormentas, huracanes :
son árboles y piedras un tesoro :
los montes plata y las arenas oro.

Descripto el viaje de Colón con sus principales accidentes, descripto el Nuevo Mundo recién descubierto con sus principales caractéres, descripto el regreso de la expedición á Europa con una rápida indicación de las trabas que oponen al atrevido mareante la rebellion y la envidia, el poeta levanta su imaginacion á las inmensas consecuencias de aquél grandísimo suceso, sondea los arcanos del porvenir y esclama con inspirado accuto :

Que Dios un vasto mundo,
cual de todos compuesto, no formara
sin designio profundo ;
ni allí de sus tesoros muestra rara
en cielo y tierra, y aguas derramara.

Tu alada fantasia,
al contemplarlo, en el Eden primero
volando se creía ;
y Eden será en el tiempo venidero
de la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
hombres y leyes, sociedad y culto,
cuando otra vez al filo
pasen de la barbarie, en el tumulto
de un pueblo vengador con fiero insulto.

Tal se va poniendo la vieja Europa, que acaso llegue á cumplirse esta profecía, cuyas consecuencias desenvuelve el poeta con una valentía y una entonación verdaderamente pindáricas.

Aconsejamos á nuestros lectores que procuren haber á las manos la bellísima Oda del señor Baralt. Lo que de ella dejamos dicho en su elogio no es mas que una pequeña parte de lo que merece. Nos hubiera sido preciso analizarla estrofa á estrofa, y en suma copiarla aquí íntegra para que se for-

mase cabal idea de su mérito, y esto no lo consiente la necesaria brevedad de los análisis periodísticos.

Otras composiciones, y alguna mui notable, como la del señor García de Quevedo (D. Heriberto), se han presentado en esto certámen, pero no nos es ya posible por hoy examinarlas. Por una coincidencia singular las dos mejores Odas al descubridor de América presentadas al Liceo están suscritas por dos americanos. El señor Baralt y el señor García de Quovedo han nacido uno y otro en la hermosa

Virgen del mundo, América inocente,
según la magnífica y célebre expresión de nuestro gran Quintana.

EUGENIO DE OCHOA.

A EL.

Qué no pueda ser yo cuál me imagino !

¡Qué no pueda mi fulgida ilusión

Cambiarse de mi vida en el destino

Ser otro de mis años el camino

Y otro mi corazón !

Oh ! que no pueda yo por un encanto

Los pasos de mi vida desandar,

Volviendo así de la risa al llanto,

Y borrar las imágenes de cuanto

Loca pude adorar !

Que no pueda botar cual suelta al río,

De la borrasca en medio del furor,

Socas sus hojas por ardiente estío,

La palma colosal, dulce amor mío,

Este insensato amor !

Qué siempre te he de ver ! siempre presento

Has de estar en mi triste soledad !

Veo doquier tu iluminada frente

Y oigo en la voz del viento tu eloquente

Voz que me hace temblar.

A qué abismo de males me ha llevado

Esa ventura extraña que soñé,

Cuando mi corazón entusiasmado

Sin pensar, sin querer, arrebatado,

Por mí adorado fui.

Soñé reír, mirando tu sonrisa,

Pensé llorar mirándote llorar,

Y ser tu entusiasmada poetisa

Tu gozo y tu dolor, tu llanto y risa

Poder acompañar ;

Y en tempestad eterna al ciego abismo
Entre la bruma el rayo ver bajar
Dados la mano en loco parasismo,
Mujer sin envidiar al ángel mismo

En tu seno espirar !

Eso pensaba yo. Y fué un momento
El que selló mi eterna perdición ;
Y él no sabe el amor que por él siento
Y él no conoce el infernal tormento

Que siente el corazón.

Oh ! qué importa que en baile esplendoroso,
De la ruidosa música al compás,
El estrecho mi talle vaporoso
Y oiga latir su corazón ansioso

Que no amará jamás !

Si tú me miras, tus miradas huyo
Fingiendo con hipócrita altivez,
Con desdenosa risa y fiero orgullo
Que el pobre corazón que solo es tuyo

De nadie ó de otro es.

Oh cómo hiciera yo soñado mío
Para hacerte saber mi intenso amor !
Qué mirada, qué voz, mi desvario
Mostrara que de todo mi albedrío

Eres sueño y señor !

Ave que herida gime tristemente
Pronta á dejar del bosque la mansión,
Volcán que se commueve sordamente
Mártir que pena entre la pira ardiente,

No pintan mi aflicción :

Que el ave al fin espira sosegada,
Y arde y se apaga el árido volcán,
Y el mártir coje su corona ansiada ;
Mas yo por el destino condenada

Soy á inmortal afán !

Alzaos tempestades espantosas,
Que habeis de conducir á esta mujer
Del descanso á las playas venturosas,
Do el olvido con alas espaciosas

Arropa nuestro ser,

Ya que no puedo ser cual me imagino
Que no pueda mi fulgida ilusión
Cambiarse de mi vida en el destino,
Ni otro ser de mis años el camino,
Ni otro mi corazón !

EDDA.

EL BOTON DE ROSA Y LA ROSA.

FABULA.

EL BOTON.—Dichosa tú, hermana !

Desplegada al aura leve,
Luces pompa y gallardia,
Mecida en el tallo breve ?
Con el color de la Aurora,
Con las perlas del rocio,
Tu sola vista enamora
Aura y cielo, prado y rio—

LA ROSA.—Y tú me envidias, hermana ;

Tú quo hoi jóven, en capullo,
Serás al abrir mañana
Del pensil ornato, orgullo ?
Espera : ya el Sol de oriente
Te dará su tibio rayo,
Y entreabrirá blandamente
Tu seno en muelle desmayo.
En él verterá la Aurora
Sus lágrimas de rocio,
Cual tierna amanta que llora
De su amado el cruel desvio.
Y lucirás gallardia
Mecida en el tallo breve,
Como el son de la armonia
Una bella el talle mueve.
El avecilla canora
Entonará tus loores,
Que serás como yo ahora
" Soi la Reina de las flores."

EL BOTON.—Ah ! reinar, ser la primera
Sobre todas, soberana !
Oh ! ; cuánta dicha me espera !
; Cómo he de ponerme vana !

LA ROSA.—Cuál, incauta, te alucinas !
El desengafío perdona ;
Reinarás, mas tu corona
Será corona de espinas—
Tan breve, mezquina suerte
No vale tanta alegría :
Reinarás, mas solo un dia ;

Dospues.... reinará la muerte !
Y tus hojas y tus galas,
Ludibrio de la fortuna,
Del viento irán en las alas.
O a tierra irán una a una.

— *en la memoria*
tus ruinas,
u gloria,
inas....
erte tanglura
las flores ?

¡ Que le valen sus colores ?
¡ Qué le sirve su hermosura ?
Nacer, brillar y morir,
Habiendo apénas vivido !
Para tan corto vivir
Mas vale no haber nacido !

Así en la vida enojosa
Vive en ansia el corazon :
El boton quiere ser rosa,
Y la rosa ser boton.
Nadie a su suerte se aviene ;
No basta al rico un tesoro ;
Y el pobre entre harapos tiene
Sueños de nácar y óro :
Sin ver para su consuelo
Que en este val de dolores
Hai tormentas en el cielo
Y entre los abrojos flores.

R. I. MONTES.

LAS NUEVE MUSAS MODERNAS.

Apólogo.

Un poeta viajero recorría la orilla del mar. Grandes árboles inclinaban sus ramas sobre el límpido cristal de las aguas.

Habíase dormido el poeta a la sombra del sagrado bosque. Despierta, y elevando los ojos al cielo, se queja de estar solo y de ser uno de los desheredados de la tierra. El cielo permanece espléndido y risueño sin contestar al poeta.

Mas una joven vestida como las ninfas antiguas, es-

belta y bella, sale de un bosquecillo de lentiscos y limones. Acércase al poeta tendido sobre la yerba, detiéñese, y después de mirarle con ojos claros y penetrantes, le dice:

—Me reconoces ? Soi la INTELIGENCIA.

El poeta exhala un grito y trata de levantarse para aproximarse á ella ; pero la joven estiende la mano, y el poeta obedeciendo aquel mandato, permanece inmóvil en el suelo.

Preséntase en el acto otra joven, tan bella como la primera, pero mas alta y vestida con traje mas rico.

—Me reconoces ? dice al poeta, soj la IMAGINACION.

Siguela una compañera de miradas dulces y veladas, la que á su turno le dice :

—Reconóceme, soi la SENSIBILIDAD.

Algunas lágrimas se desprenden de los ojos del poeta, vuelve la cabeza y ve despuntar en el estremo del bosque una joven de radiante hermosura.

—Tú me conoces, le dijo, soi la GLORIA.

Acompáñala otra joven cuyas miradas serian duras, si no estuvieran animadas por un fuego celestial. Diríjese al poeta sonriendo y le dice :

—Me reconoces, no es verdad ? Soi la ENERGIA.

Estremécese el poeta, trata de levantarse. Un ademan imperativo le detiene. Por sesta vez vé acercarse á él otra joven. Esta anda con lento paso, sus ojos, apacibles, parecen distraídos.

—Me reconoces ? le dijo, soi la FANTASIA.

Detrás de ella se acerca una heldad adorable, de frente espaciosa. Su sonrisa es tranquila y seductora como los primeros albores de la mañana.

—Me conoces ? dijo á su vez. Soi la SERENIDAD.

Finalmente salen del bosque umbrío y odorífero dos jóvenes con las manos asidas.

La una tiene los ojos cerúleos como el cielo del Oriente, y su magnífica cabellera rubia, está coronada de iris con hojas verdes.

La otra, vestida sencillamente, lleva á guisa de corona, hojas de encina y de oliva ; pero es mas bella aun que su rubia compañera. Es el tipo espléndente de la gracia, de la pureza y del valor.

La primera, la de dorados cabellos, se dirige al poeta, y le dice :

—Reconóceme. Soi la ESPERANZA.

—Ah ! exclamó el poeta, mui bien sabia yo que tú

vendrías, y estendiendo luego la mano hacia la vírgen coronada de encina y de oliva, la dijo con acento febril :

—Y tú, tú quién eres ?

—Yo, dijo la noble jóven, soy la que te traigo todas estas bellezas por compañeras. Ingrato ! te quejas de estar solo, y de estar desheredado ? Mira el encantador acompañamiento que te doi !

—Quién eres ?

—Ven, pon tu mano entre las mías y marchemos con mis hermanas, las musas de los tiempos modernos, contestó la noble jóven. Ven, y guárdate de olvidarme y no amarme, porque soy yo la que elevo el alma y gulo al génio. Soy la POBREZA.

Los que lean estas líneas, busquen por si mismo la conclusión y moralidad de este apólogo ; pero que tengan cuidado de no confundir la pobreza con la miseria.

La Miseria, decía Aristófanes en el teatro de Aténas, es el vicio que degrada ; mas la Pobreza, es la virtud antigua, la que fertilizó la tierra, fundó ciudades y produjo héroes.

LOS ZELOS.

EN UN ALBUM.

De todas las pasiones,
Niña, los celos
Es la mas insensata
Que trae desvelos ;
Nos arrebata
Los mas tiernos placeres
Y al cabo mata.

Apenas los sentimos,
Sus agujones
Destruyen en el alma
Las ilusiones ;
Y, suerte impía !
Cuando se van nos dejan
El alma fría !

Cuando los zelos entran
En nuestro pecho,
Yernos para nosotros
El mundo estrecho ;
Quisiera el alma
Abandonar la vida
Que ve sin calma.

En vano, si, las lágrimas,
Los nuestros ojos,
Con el fuego del pecho
Pusieron rojos ;
Cansado y triste
Nuestro corazón siempre
De luto viste.

Todos nuestros suspiros
Y nuestro llanto
No aliviarian nunca
Tanto quebranto :
Zelo es demencia.
Pero que no la cura
La humana ciencia.

Si quieres gozar, niña,
Tus ilusiones
Cuida que no te hieran
Sus agujones ;
Que, suerte impía !
Cuando se van nos dejan
El alma fría.

JULIO CALCARO.

EL ENANO ROJO
POR A. DUMAS.

II

(Continuacion.)

—Veamos, dijo a Bourrienne, como se batén estos famosos mamelucos, que los periódicos ingleses afirman ser la primera caballería del mundo : son cincuenta, y no me disgusta que a la vista del ejército, mi valiente Croisier les dé caza con sus quince guías.

Y gritaba como si Croisier pudiera oírle :

—Vamos, Croisier! adelante! adelante!

En efecto, el joven ayudante avanzaba á la cabeza de sus quince guías; pero sea que la superioridad del número intimidase á los guías, Croisier y sus hombres cargaron con bastante cachaza, y sin embargo, los árabes retrocedieron, temiendo sin duda que el enemigo quisiera atraerlos á una emboscada: Croisier, en vez de perseguirlos como vencedor, se detuvo en el mismo lugar en que comenzó la refriega. Esta vacilación dió valor á los mamelucos, que cargaron, y los guías retrocedieron.

Bonaparte se puso pálido como la muerte; sus labios delgados perdieron el color y temblaron de rabia, llevó por un movimiento convulsivo la mano al puño de su espada, y como si su ayudante pudiera oírlo, gritó con ronca voz :

—¡Adelante! ¡Cargad! Pero ¡qué hacen!

Y con un movimiento de cólera terrible, cerró la ventana.

Un instante después entró Croisier; venía á anunciar á Bonaparte que los árabes estaban dispersos, y encontró solo al jeneral en jefe.

Cerrada la puerta, oyóse resonar la voz estridente de Bonaparte: lo que pasó entre ellos, nadie lo supo; lo que sí sabemos, es que el joven salió con las lágrimas en los ojos y diciendo :

—¡Está bien! ¡Ah! duda de mi valor, pero yo me haré matar!

Durante diez meses, en Chebreisse, en las Pirámides, en Jaffa, Croisier hizo todo lo que pudo por cumplir su juramento; pero si aquel valiente se arrojaba en medio del peligro, el peligro se retiraba: quiso galantear á la muerte, y la muerte lo despreció!

El ejército de Egipto llegó delante de San Juan de Acre: sucedieron tres asaltos: en cada uno de ellos, Croisier que acompañaba al jeneral Bonaparte en la trinchera, se había espuestado como el último soldado; pero hubiérase dicho que tenía pacto secreto con las balas: mientras más desesperado, más invulnerable.

Continuamente Bonaparte le reñía por su temeridad, y lo amenazaba con enviarlo á Francia.

Llegó el asalto del 10 de Mayo: á las cinco de la mañana, el jeneral en jefe se trasladó á la trinchera; Croisier le acompañaba.

Era un asalto decisivo: ó quedaría tomada la ciu-

dad para la noche, ó al siguiente dia se levantaria el sitio. Croisier no tenia mas que esta ultima ocasion para hacerse matar, y resolvió no perderla.

Entonces, sin necesidad alguna, subió á las baterías y se espuso á propio intento al fuego enemigo : en aquel momento, Croisier fué el blanco de todos los golpes : este blanco humano distaba ochenta pasos de las murallas.

Bonaparte lo vió : desde el dia fatal en que se dejara llevar por la cólera, había visto que el joven, herido en el corazón, deseaba ardientemente morir. Esta desesperación del valiente le había enternecido mas de una vez profundamente, y había probado, por alabanzas, hacer olvidar á su edecán las palabras injuriosas que se le escapan. Pero si cada alabanza Croisier respondía con una sonrisa y callaba.

Bonaparte, que examinaba algunos trabajos atrasados, se volvió y lo apercibió en pie sobre la batería.

— Croisier, dijo, ¿ qué haceis ahí ? ¡ Bajad, yo os lo mando ! Croisier, ¡ ese no es vuestro lugar !

Pero viendo que el porfiado joven no se movía, se adelantó para hacerle bajar á la fuerza.

Pero en el momento en que estendía el brazo hacia Croisier, el joven osciló y cayó esclamando :

— Por fin !

Tenía una pierna rota.

— Entonces, esto será mas largo de lo que yo creía, dijo cuando lo llevaban al campamento.

Bonaparte le envió su cirujano. Este no juzgó necesaria la amputación, y abrigó, no solo la esperanza de salvarle la vida, sino tambien la pierna.

Cuando se levantó el sitio, Bonaparte dió las órdenes mas terminantes para que nada faltase al herido : colocóse en una camilla, y diez y seis hombres relevándose, lo llevaban alternativamente.

Pero entre Gazah y El-Anjeh, Croisier murió de tétano.

Así se cumplió la primera profecía del Enano Rojo.

III

Desaix, despues de haber hecho maravillas en las Pirámides, y despues de haber recibido por los mismos árabes el título de Sultan Justo, dejó el Egipto y pasó á Europa, á donde le precediera Bonaparte.

El predestinado seguía el curso de la fortuna predi-

cha: había hecho el 18 de brumario; era primer cónsul y soñaba con el trono.

Una gran batalla podía dársele; Bonaparte había decidido que esta otra Fandia tendría lugar en las llanuras de Marengo. Desaix se había reunido al primer cónsul en la Stradella; Bonaparte lo recibió con los brazos abiertos y le confió una división mandándole marchar sobre San Giuliano.

El 14 de Junio a las 5 de la mañana, el cañón austriaco despierta a Bonaparte, y lo llama al campo de batalla de Marengo, que en un mismo día debe perder y ganar. Conocidos de todos son los detalles de esta extraña batalla, perdida a las tres y ganada a las cinco.

Desde las cuatro, el ejército francés estaba en retirada: retrocedía paso a paso, pero retrocedía. Lo que esperaba Bonaparte, nadie lo sabía; pero al verle volver la vista hacia San Giuliano, nadie dudaba que a alguien esperaba.

De súbito su edecán llega a escape anunciando que aparece una división a la altura de San Giuliano.

Bonaparte respira, es Desaix y la victoria: entonces saca de la vaina su espada que no había blandido en todo el día, aquel mismo sable que a la vuelta de la campaña dió a su hermano Gerónimo, y estendiendo el brazo, dejó oír la palabra: ¡Alto!

Esta palabra eléctrica, por tanto tiempo esperada, corrió hasta el frente de la línea, y todos se detuvieron.

En aquel momento, Desaix llegó al galope adelantando a su división; Bonaparte le muestra la llanura cubierta de cadáveres, el ejército en retirada, y trescientas toses mas allá, la guardia consular que, por obedecer a la orden dada, espera como una montaña de granito.

Cuando los ojos de su compañero de armas pasaron de una a la otra ala del ejército, y del francés al enemigo:

—¡Qué piensas de la batalla! le dijo Bonaparte.

—Pienso que está perdida, dijo Desaix sacando su reloj; pero no son mas que las tres, y tenemos tiempo de ganar otra.

—Ese es mi parecer, respondió Bonaparte.

En seguida, pasando al frente de las filas:

—¡Camaradas! exclama en medio de las balas que lo cubrían de tierra, hemos dado ya bastantes pasos hacia atrás, y ha llegado el momento de avanzar! ¡Adelante, pues! y acordaos que mi costumbre es dormir en el campo de batalla!

Entonces los gritos de : ¡ Viva Bonaparte ! ¡ Viva el primer Cónsul ! eleváuse por todas partes y no se apagan sino con el ruido de los tambores que tocan á la carga.

Desaix se despide del primer cónsul, y al separarse le dice, adios.

— ¡ Por qué adios ! preguntó Bonaparte.

— Porque en dos años que he estado en Egipto las balas de Europa no me conocen.

Esto es lo que Desaix dijo en voz alta, despues repitió por lo bajo las palabras del Enano Rojo :

— “ Teme al mes de Junio y guárdate del cura de Marengo.”

Las órdenes de Bonaparte fueron ejecutadas con sorprendente prontitud; y con un solo movimiento las tropas francesas han tomado la ofensiva en toda la línea : el fuego de los fusiles brilla, el sordo cañón muge, y el terrible paso de carga resuena acompañado de la *Marsella* : una batería establecida por Marmont vomita fuego ; Kellermann se lanza á la cabeza de tres mil coraceros y commueve la tierra al galope de sus caballos ; Desaix que se animaba con el ruido y el humo, salta los fosos y vallados, llega á una pequeña eminencia y se vuelve para ver si le sigue su division. En aquel momento se oye un tiro y Desaix herido en el corazón, cae sin pronunciar una palabra. Era el 14 de Junio, y la tradición quiere que el funesto tiro haya sido lanzado por el cura de Marengo.

Así cumplíase la segunda profecía del Enano Rojo.

IV.

Salonezek se había quedado en Egipto ; supo la muerte de Croisier en San Juan de Acre, y la muerte de Desaix en Marengo : todo había pasado segun las predicciones del zahorí turco, de suerte que Zaionezek sin decir nada á nadie, comenzó á comprender el verdadero valor de su talismán, tanto, que á cada lado del pergaminio hizo coser una cinta negra, y desde el dia en que se supo la muerte de Desaix, llevó el preservativo suspendido de su cuello.

Despues de la capitulación firmada con la Inglaterra para la evacuacion de Egipto, capitulación á que se opusiera Zaionezek, el patriota polaco volvió á Francia. En 1805 mandó una division en el campo de Boulogne ; en

1806 los polacos recobraron la esperanza tantas veces desvanecida, de recobrar su independencia, y acudieron de todos los puntos del globo en que se hallaran dispersos. Con efecto, el tratado de Tilsitt reunió algunos restos de la antigua Polonia, y se formó el ducado de Varsovia; Zaionezek tuvo entonces parte en las dotaciones imperiales, y le fué asignado su dominio en el palatinado de Kalirs.

Pero aun no era aquella la elevada fortuna que entrevió por las predicciones egipcias; Napoleon hizo por Zaionezek lo que con mil otros, y su dominio no era un vireinato. Sin embargo conviene saber que este privilegiado de la metralla, que no podía aparecer en el fuego sin ser herido, no había recibido en trece años un rasguño. Resultaba, pues, que sin decir nada, Zaionezek tenía la mayor confianza en su talismán y no lo abandonaba.

Declaróse la guerra de Rusia; formáronse tres divisiones polacas: la primera á las órdenes de Zaionezek, la segunda á las de Poniatowski, y á las de Dombrowski la tercera.

Zaionezek asistió á los combates de Witepsk, de Smolensk y de la Moscowa: en todas partes le acompañó su buena estrella: las balas agujereaban sus vestidos; la metralla silbaba en su derredor levantando torbellinos de polvo á los pies de sus caballos; Zaionezek parecía invulnerable.

Después vino la retirada.

Zaionezek asistió á todas las fases de aquella retirada: es verdad que sus soldados, mas acostumbrados que los demás al invierno ruso, soportuvieron el hambre, la desnudez y el frío. Zaionezek dió, á pesar de sus sesenta años, ejemplo de fuerza, desprendimiento y valor, pasando sucesivamente el Viazma, Smolensk, Orche; desafiando el hambre, el frío, la metralla, las balas de Kutorof y las lanzas de los soldados de Platou, sin sufrir la horrorosa desnudez que diezmaba las filas del ejército, sin recibir un solo rasguño, y el 25 de noviembre en la noche llegó á las orillas del Beresina.

(Continuará.)

PUERTO-CABELLO.

IMPRENTA DE J. A. SEGRESTAA.

1862.

A MI AMIGO EL SEÑOR J. O.

EN BARQUISIMETO.

La amistad es un bello don del cielo,
Que alivia los pesares del corazon.

I.

Me pediste que en "El Iris"
Te dijera en unos versos
Si eran mis Hados adversos
Al llegar á esta ciudad;
Porque siempre tu cariño
A mi cariño encadenas,
Para dolerte en mis penas
En prueba de tu amistad.

II.

¡ Mas tú no sabes que "El Iris"
Del bello cielo porteño
Es un poético sueño
Modelo de bien decir?
¡ Qué es un árbol delicado
Todo cubierto de flores,
Donde solo ruijenores
Pueden su canto lucir?

III.

Mas ya que por complacerte
Mi gratitud se impaciente,
Rueda mi mano violenta
De mi pobre lira al son;
Cuyas cuerdas destempladas
No tienen gratos sonidos,
Sino acentos doloridos
Del centro del corazon.

Que en el caliz de la vida
Deja caer enfurecida
Mi suerte negra y fatal.

V.

Es un pensil este suelo
De bellas flores sembrado,
Cuyo cielo tachonado
Convida siempre al placer;
Mas para mí sus aromas,
La luz de tantas estrellas
Solo excitan mis querellas
Para á mi patria volver.

VI.

Cuando en la noche callada
Fijo la visto en la luna,
Me parece que una á una
Van subiendo á su docel
Mis apenadas congojas,
Mi prolongada esperanza
Y mis ayes sin bonanza
En afanoso tropel;

VII.

Y que acariciadas de ella
Esas las flores de mi alma,
Va formulando una palma
Con encantado primor,
Emblema de mi martirio,
Que miro al fin desprendida
Hacia esa tierra querida
De bendicion y amor.

VIII.

Y entonces acá me imagino
Que el génio de los amores
Va esparciendo de mis flores
Su fragancia celestial,

Y que un corazon sensible
Como el mío desventurado,
De algun ángel muy amado
En su lecho virginal,

IX.

Al respirar mis suspiros,
Sueña en su dueno querido
Que lo ofrece nunca olvido
Y le jura adoracion,
En su lira destemplada
Sin tener gratos sonidos,
Sino acentos doloridos
Del centro del corazon.

X.

Y en tanto que así delira
Mi culta fantasia
El pecho late á porfia
Y en los ojos siento arder
Una lágrima amorosa,
Que enjugo triste, doliente,
Con un recuerdo inocente
Que me acompaña doquier.

XI.

Recuerdo ! que es el alivio
De este mi cruel desconsuelo.
Que gustoso te revelo
Con toda sinceridad,
Porque siempre tu cariño
A mi cariño encadenas
Para dolerte en mis penas
Tu ingenua y fiel amistad.

Valencia, Junio 20 de 1862.

J. M. A.



INCERTIDUMBRE.

Con que no es ilusion ! Devoradora
La llama que en mi pecho se atesora
Al tuyo al fin pasó !
Al fin tras eso tiempo de esperanza,
Mi alma la dulce realidad alcanza
Y la dicha que ansió.

Hol mas belha noté tu regia frente,
Y sourió tu labio dulcemente
Al acercarte á mí :
Yo, turbada de dicha, al dulce acento
Con que mi nombre resonó en el viento
No sé si respondí.
Entre la tuya mi convulsa mano,
Bendito seas, dueño soberano !
Estrechaste tambien ;
Y afectuosas palabras me dijiste
Que avivaron el fuego que encendiste,
Mi idolatrado bien !
Pero vino álguien á cortar el vuelo
De mi ventura, cuando ya tu anhelo
Me ibas quizá á decir !
Tal vez lo quiso el cielo bondadoso
Previendo que al colmo de mi goso
Me podia morir.
Pero vuelve, mi bien, acaba ! mira,
Si al escuchar tu amor tu esclava espira
En brazos del placer ;
Pero ¡ qué importa ! moriré adorada,
Y moriré de amor oh muerte ansiada
De una amante mujer !
Pero no temas, no ! tuya es mi vida
Ella está de tu labio suspendida :
Si quieres viviré ;
Y viviré contigo, y si me adoras
Como te adoro yo, tambien tus horas
Embellecerébré.
Mas á un placer incierto yo me entrego !
Loca ! : quién me asegura que ese fuego
Que en sus ojos brilló,
Ese mágico acento, esa sonrisa ;
Una pasión revelan que armoniza
Con la que abrigo yo ?
Oh ! que tormento. Arcángel en quien sueño,
De mi querer y mi existencia dueño,
Venme á desengañar !
¡ Entre el espeso humo de mi incierto
Pudo mi ídolo huir ? ¡ el mundo inmenso,
Que tu mirada crió
Dejarás en tinieblas y sin vida !
Cuando yo vuelo hacia mi centro atraída
No te commueves, no ?
Oh mas vale la muerte ! yo esperaba
Ser algo para tí—reina ó esclava—
Y entre tanto tal vez

Otro afecto por mí tu pecho abriga,
Y una palabra sin sentido, amiga!
Amiga! y eso que es?
¡Hai acaso un infierno mas terrible
Que hallar un pecho inmóvil, insensible
A tan voraz pasión?
Mas no! no puedo ser infeliz,
Que nunca á una mujer enamorada
Engaña el corazón!

EDDA.

EL ENANO ROJO

POR A. DUMAS.

IV.

(Conclusion.)

Allí sus soldados, que en medio de esta terrible retirada conservaba aun, se apoderaron de una casa de la aldea de Studzianke. Zaionezek, que por espacio de tres semanas había dormido sobre la blanca nieve, envuelto en su capa, pudo estenderse sobre un lecho de paja cubierto de un techo.

La noche pasó en eterna ansiedad: el enemigo estaba acampado en la opuesta orilla; toda una división enemiga, mandada por el Jeneral Tchaplitz, que defendía el paso: tomarlo á viva fuerza era cosa imposible; pero desde el principio de aquella desgraciada campaña se habían hecho tantas cosas imposibles, que se confiaba en un milagro.

A las cinco llegó el Jeneral Eblé con sus pontones y un cajón lleno de hierros de ruedas que había transformado en grapas: este furgón encerraba el único y último recurso del ejército; era preciso levantar un puente en el lecho fangoso del Beresina, cuyas aguas habían roto los hielos que bajaban en inmensos témpanos. Este puente era el único paso que debía llevar al emperador á su imperio, y al resto del ejército á la Francia. Una bala de cañón podía romper este puente y todo se perdía: sobre las alturas opuestas había treinta piezas de artillería formadas en batería.

Eblé y sus pontoneros bajaron al río con el agua hasta el cuello: trabajaban á la luz de los fuegos enemigos, á un tiro de fusil de las avanzadas rusas. Cada martillazo debía resonar hasta en el cuartel general de Tchaplitz.

A media noche Murat despertó á Zalonezek; el rei de Nápoles y el Jeneral Polaco hablaron diez minutos, y Murat partió al galope.

Napoleón esperaba el dia en una de las casas situadas junto al río, pues no había querido acostarse: Murat entró y lo encontró de pie.

—Señor, le dije, ¿ha examinado bien V. M. la posición del enemigo?

—Sí, respondió el emperador.

—Entonces V. M. habrá visto que un paso bajo el fuego de una división dos veces mas fuerte que la nuestra, es impracticable.

—O poco menos.

—¿Y qué decide V. M.?

—Pasar.

—Moriremos hasta el último.

—Es probable; pero no tenemos muchos caminos que elegir.

—Para un ejército, no; para quinientos hombres, sí.

—¿Qué decis?

—Que acabo de conferenciar con Zalonezek.

—¿Sobre qué?

—Zalonezek responde de V. M. si V. M. quiere fiarse de los polacos. Conocen un vado practicable; saben caminos desconocidos aun de los rusos, y en cinco días estarán en Wilna con V. M.

—¿Y el ejército?

—Se perderá, pero V. M. se salva.

—Esto es una huida y no una retirada. Murat; me quedaré con el ejército que se ha quedado conmigo, y nuestra suerte será común. Os perdono esta proposición, Murat, es todo lo que puedo hacer.

Y el emperador volvió la espalda á su cuñado.

Murat se acercó aun para hacer una última tentativa.

—He dicho, respondió Napoleón volviendo la cabeza y con un acento que no admitía réplica.

Murat se retiró.

Pero olvidó advertir á Zalonezek que Napoleón rehusaba la proposición que le había hecho.

Hasta las tres de la mañana veló Zalonezek; pero

6 esta hora, viendo que nadie llegaba del cuartel general, tendióse en su cama de paja y se durmió.

Al amanecer un ayudante lo despertó entrando precipitadamente en su habitación. Despertóse sobresaltado, creyendo que el enemigo atacaba, y segun su costumbre, llevó la mano á su cuello para asegurarse si estaba allí su talisman.

Durante la noche uno de los cordones quo lo sujetaban se había roto. Zaionezek llamó á su criado para que lo cosiera, y mientras estaba en esta operación, el edecan le contaba su entrada súbita. El enemigo estaba en completa retirada: Tchaplitz había sido engañado por una falsa demostración que el emperador hizo hacia Oukaholde. Tchaplitz se alejaba como para dejarnos libre el paso.

Esto era increíble.

Así que Zaionezek, sin pensar ya en su talisman, pidió un caballo para reconocer la orilla del río: tropezando y saltando en él se dirigió hacia el lugar en que se hallaba el emperador. Lo que decía el ayudante era verdad.

Los vivaques enemigos se hallaban abandonados, los fuegos apagados, y se distinguía la cola de una larga columna que se dirigía á Borisof. Solo un regimiento de infantería guardaba doce piezas de artillería; pero una después de otra abandonaban el puesto y se ponían en retirada.

La última, viendo un grupo importante, hizo fuego al retirarse.

La bala dio de lleno en el grupo y Zaionezek y su caballo rodaron hasta los pies del emperador: el caballo estaba muerto; el jeneral tenía partida una rodilla.

¡ Era la primera vez que caía herido en catorce años! El emperador hizo venir á Larrey, no queriendo confiar la vida de su antiguo compañero sino en manos del ilustre cirujano.

Allí como en Rivoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz y Frieland, acudió diligente Larrey. Zaionezek y él eran íntimos amigos. Larrey examinó la herida y juzgó necesaria la amputación. Larrey no era hombre de preparaciones ingeniosas é iba al grano en derechura; en el campo de batalla el médico no tiene tiempo de hacer frases cuando le esperan los heridos moribundos.

Tendió la mano á Zaionezek.

— Animo, compañero, le dije; vamos á desembarazaros de esta pierna, que si no, podría desbarazarse de vos.

— ¡No hai medio de conservármela ! preguntó el herido.

— Miráosla y juzgad.

— Verdad que está en mal estado.

— Pero haremos el negocio como amigos : lo que para los demás se hace en tres minutos, se os hará en dos. Y Larrey comenzó á levantarse las boca-mangas de su uniforme.

— Un instante, un instante, dijo Zalonezek, viendo á su criado que corría hacia él.

— ¡Oh ! señor ! mi pobre señor ! exclamó el doméstico llorando.

— ¡Mi talisman ! dijo el jeneral.

— ¡Ah ! ¡Por qué lo habeis dejado ?

— Soi de tu parecer.... He hecho mal ; dámelo.

— Vamos, jeneral, ¡estais pronto ! dijo Larrey.

— Aguardad un poco, mi amigo.

Y Zalonezek colgó á su cuello el talisman, anudándolo fuertemente su ayuda de cámara.

— Ahora, dijo, estoí pronto.

Estendióse un paño por encima de la pierna porque caía una nieve glacial y aguda, que hiriendo su piel, le hacía temblar á pesar suyo : cuatro soldados sostuvieron esta tienda improvisada : á pesar del frío y de la nieve, la operación duró apenas dos minutos.

Napoleón quiso que Zalonezek fuese trasportado á una de las balsas que atravesaban el río : el herido llegó á la opuesta orilla sin accidente alguno.

Los polacos se relevaron para llevarlo en una camilla : la amputación había sido tan admirable que el herido escapó á todos los accidentes que eran de temer en semejantes casos. Por espacio de trece días, cuando tantos desgraciados se abandonaban á la suerte, los soldados de Zalonezek desafiaron el hambre, el frío y la metralla antes que abandonarle : á los catorce días entraron con él en el Wilna.

Así fué tal la derrota que no había medio de seguir al ejército : el herido mandó á sus fieles compañeros que lo abandonaran, y lo depositaron en una casa, en la cual lo encontraron los rusos á su llegada.

Apenas supo Alejandro la considerable captura que había hecho, mandó que se tuvieran hacia el prisionero las mayores consideraciones posibles, y Zalonezek permaneció en Wilna hasta su completo restablecimiento.

Firmóse el tratado de París : Alejandro dió al punto